

LIBROS Y ESTAM



El día 29 cumple Unamuno setenta años. "Rizal: El escritor. San José Rizal, mártir", fragmentos de un ensayo poco conocido de Unamuno

UN ENSAYO

J O S E R I Z A L

Por MIGUEL DE UNAMUNO

En 1907 se publicó la obra "Vida y escritos del Dr. D. José Rizal", por W. E. Retana, con un epílogo de don Miguel de Unamuno, ensayo poco conocido del que ofrecemos dos capítulos a nuestros lectores, el II ("El escritor"), y el VIII ("San José Rizal").

II

EL ESCRITOR

En este libro se hallarán juicios de Rizal como escritor; en él se le examina como literato.

Hay que hacer notar ante todo, y Retana no lo omite, que Rizal escribió sus obras en castellano, y que el castellano no era su lenguaje nativo materno, o, por lo menos, que no era el lenguaje indígena y natural de su pueblo. El castellano es en Filipinas, como lo es en mi país vasco, un lenguaje adventicio y de reciente implantación, y supongo que hasta los que lo han tenido allí como idioma de cuna, como lengua en que recibieron las caricias de su madre y epílogo recibido con raíces.

Juzgo por mí mismo. Yo aprendí a babbucir en castellano, y castellano se hablaba en mi casa, pero castellano de Bilbao, es decir, un castellano pobre y tímido, un castellano en mantillas, y pocas veces una mala traducción del vascuence. Y los que habiéndolo aprendido así tenemos luego que servirnos de él para expresar lo que hemos pensado y sentido, nos vemos forzados a remodelarlo, a hacernos con esfuerzo una lengua. Y esto, que es en cierto respecto nuestro flaco como escritores, es a la vez nuestro fuerte.

Porque nuestra lengua no es un "caput mortuum", no es algo que hemos recibido pasivamente, no es una rutina, sino que es algo vivo y palpitante, algo en que se ve nuestro forcejeo. Nuestras palabras son palabras vivas; resucitamos las muertas y animamos de nueva vida a las que la tenían lánguida. Hefimos nuestra lengua, nuestra por derecho de conquista, con nuestro corazón y nuestro cerebro.

Retana aplica a Rizal la tan conocida distinción entre lenguaje y estilo, y la clarísima doctrina de que se puede tener un estilo propio y fuerte o amplio con un lenguaje defectuoso, y, por el contrario, ser correctísimo y atildadísimo en la dicción, careciendo en absoluto de estilo propio.

La distinción se ha hecho mil veces; pero no llegan a penetrar en ella estos bárbaros que piensan en castellano por herencia y rutina y que andan a vueltas con la gramática y con el desalfabeto. Su extremada pobreza espiritual les impide sentir la distinción. Hay que dejarlos. Toda su miserable literatura

se hundirá en el olvido, y dentro de poco nadie se acordará de sus bárbaros remedos del lenguaje del siglo XVII o XVI, nadie tendrá en cuenta sus fatigadas y fatigosas vaciedades sonoras.

El estilo de Rizal es, por lo común, blando, ondulante, sinuoso, sin rigideces ni esquinas, pecando, si de algo, de difuso. Es un estilo oratorio y es un estilo hamletiano, lleno de indecisiones en medio de la firmeza de pensamiento central, lleno de conceptuosidades. No es el estilo de un dogmático.

Vertió, como Platón, sus ideas en diálogos, pues no otra cosa sino diálogos sociológicos, y a las veces filosóficos, son sus novelas. Necesitaba de más de un personaje para mostrar la multiplicidad de su espíritu. Dice Retana que Rizal es el Ibarra y no el Elías de "Noli me tângere", y yo creo que es uno y otro, y que lo es cuando se contradicen. Porque Rizal fué un espíritu de contradicciones, un alma que temía la revolución, ansiándola en lo íntimo del alma; un hombre que confiaba

y hermanos de raza, que los creía los más capaces y los menos capaces—los más capaces cuando se miraba a sí, que era de su sangre, y los más incapaces cuando miraba a otros—. Rizal fué un hombre que osciló entre el temor y la esperanza, entre la fe y la desesperación. Y todas estas contradicciones las unía en haz su amor ardiente, su amor poético, su amor, hecho de ensueños, a su patria adorada, a su región del sol querida, perla del mar de Oriente, su perdido edén (*).

Este Quijote-Hamlet tagalo encontró en un afecto profundísimo, en una pasión verdaderamente religiosa—pues religión fué, como diré más adelante, su culto a su patria, Filipinas—el foco de sus contradicciones y el fin de su entusiasmo por la cultura. Quería la cultura, pero la quería para su pueblo, para redimirlo y ensalzarlo. Su tema constante fué el de hacer a los filipinos cultos e ilustrados, hacerlos hombres completos. Y le repugnaba la revolución, porque temía que pusiera en peligro la obra de la cultura. Y, sin embargo de temerla, tal vez la deseaba a su pesar.

Rizal, alma profundamente religiosa, sentía bien que la libertad no es un fin sino un medio; que no basta que un hombre o un pueblo quiera ser libre si no se forma una idea—un ideal más bien—del empleo que de esa libertad ha de hacer luego.

Rizal no era partidario de la independencia de Filipinas; esto resulta claro de sus escritos todos. Y no lo era por no creer a su patria capacitada

para la nacionalidad independiente, por estimar que necesitaba todavía el patronato de España y que ésta siguiera amparándola—o que la amparara más bien—hasta que llegase a su edad de emancipación. Pensamiento que vieron muy bien los que le persiguieron, aquellos desgraciados españoles que no se formaron jamás noción humana de lo que debe ser una metrópoli y que estimaron siempre las colonias como una finca, poblada de indígenas a modo de animales domésticos, que hay que explotar.

Y ¡cómo la explotaban! ¡Con qué desprecio al español filipino, al compatriota colonial! Este desprecio, más bien que opresiones y vejaciones de otra clase, ese bárbaro y anticristiano desprecio lo llevó siempre Rizal en su alma como una espina. Sintió en sí todas las humillaciones de su raza. Fué un símbolo de ésta.

VIII

SAN JOSÉ RIZAL

San José Rizal, ¿y por qué no? ¿Por qué no se ha de dar la sanción de la santidad al culto a los héroes?

Pienso algún día escribir algo sobre esa extraña Iglesia Filipina Independiente, cuyas publicaciones debo a la bondad del señor D. Isabelo de los Reyes; sobre esa extraña Iglesia, que es un intento de vestir al racionalismo cristiano con símbolos y ceremonias católicas, y cuyo porvenir me parece muy dudoso. No son los pensadores los que hacen las religiones ni los que las reforman. Más fácil me parece que sobre la base del sentimiento católico cristiano que allí dejó España se convierta en religión el culto mismo a la patria, a Filipinas, y que ésta les sea reza como una peregrinación para otra Filipinas celestial donde Rizal allenta y vive en espíritu.

No sé si Rizal, con su fino sentido religioso, y aun a falta de una gran cultura a este respecto, habría aprobado una Iglesia en que se ve la mano del cura cismático, en que se ve la huella del fraile y de sus discípulos.

Hay que desconfiar del cura cismático o del cura hereje o renegado. Aunque se haga ateo, el cura quiere seguir siendo cura, y pretende que haya una Iglesia atea en que él continúe como cura. La reforma religiosa la ve desde su punto de vista profesional.

Pero sea de esto lo que fuere, y sea también lo que fuere del cándido racionalismo de la Iglesia Filipina Independiente y de sus enseñanzas, tan ingenuamente agnósticas y científicas, es lo cierto que anduvo en canonizar a Rizal mucho más acertada que en otras cosas. Como que todas las demás cosas huelen a libros europeos, a tomos de la Biblioteca Alcan, y ésa, por el contrario, parece la flor de un movimiento espontáneo del alma de un pueblo. Y las religiones las hacen los pueblos y no los pensadores; los pueblos con su corazón, y no los pensadores con su cabeza.

El acto, pues, más trascendental de la Iglesia Filipina Independiente es haber sancionado la canonización de Rizal, promulgada por el pueblo filipino. Salamanca, 19 y 20, V, 1907.

(*) Acaso haya muchos filipinos que ignoren que Tennyson, en su poesía "A Ulysses" ("To Ulysses"), llamó a Filipinas "oriental eden-isles".



IMPAS: UNA VIDA GLORIOSA

"Amor y Pedagogía", comentario de Guillermo de Torre.—Un proyecto de publicación de obras completas.—Bibliografía de Unamuno

la soberbia. Los naturales y los espirituales. Sobre la lectura e interpretación del "Quijote". 233 páginas. TOMO VI.—¡Ramploneras! Soledad. Sobre la erudición y la crítica. Poesía y oratoria. La crisis actual del patriotismo español. Sobre el rango y el mérito. La patria y el ejército. ¿Qué es verdad? 247 páginas. TOMO VII.—Más sobre la crisis del patriotismo. El secreto de la vida. Sobre la consecuencia, la sinceridad. Algunas consideraciones sobre la literatura hispanoamericana. Sobre la europeización. Sobre la tumba de Costa. 223 páginas.

"De la enseñanza superior en España". Revista nueva; Madrid; 1899; VIII-112 páginas.

"Del estudio y su método". Discurso leído en la Universidad de Salamanca el 1 de octubre de 1900. Salamanca; Núñez; 1900.

"De mi país: descripciones, relatos y artículos de costumbres". Fernando Fe; Madrid; 1903; 159 páginas.

"Mi religión y otros ensayos breves". Renacimiento; Madrid; 1910; 223 páginas (23 ensayos).

"Nicodemo el Fariseo". Conferencia dada en el Ateneo de Madrid el 13 de noviembre de 1899, publicada en la "Revista Nueva". Madrid; 1899.

"Paisajes". Colección Colón (vol. V); Salamanca; 1902; 69 páginas.

"El porvenir de España". Renacimiento; Madrid; 1912; 170 páginas. (Colección de cartas cruzadas entre Unamuno y Angel Ganivet y publicadas primero (1897) en "El Defensor de Granada".)

(Continuaremos publicando esta bibliografía en días sucesivos.)

Por una publicación nacional de sus obras completas

BIBLIOGRAFIA DE UNAMUNO

La siguiente bibliografía es la del Sr. Romera Navarro, publicada en "Miguel de Unamuno" (Madrid, Sociedad General Española de Librería, 1928), ampliada y puesta al día por nosotros. Las notas señaladas con un asterisco (*) son las añadidas por la Redacción de LUZ.

I.—OBRAS DE UNAMUNO

NOVELAS

"Abel Sánchez: una historia de pasión". Renacimiento; Madrid; 1917; 233 páginas.

"La agonía del cristianismo". Madrid; 1928.

"Amor y pedagogía". Henrich y Cia.; Barcelona; 1902; 269 páginas.

"Amor y Pedagogía". Segunda edición. Renacimiento; Madrid; 1922; 287 páginas. Madrid; Espasa-Calpe; 1934.

"Don Catalino, hombre sabio", en "Humorismo internacional". Segunda parte. Ensayos. Página 264. (Incluido en "El espejo de la muerte".)

"Cómo se hace una novela". Un volumen de 160 páginas, en octavo; Editorial Alba; Buenos Aires; 1927; 2 pesos.

"El espejo de la muerte: novelas cortas". Renacimiento; Madrid; 1913; 232 páginas (27 cuentos breves).

"Una historia de amor", en "El cuento semanal". Madrid; 1911; vol. II; número 260. (Incluido en "San Manuel Bueno, mártir, y tres historias más". Madrid; 1934.)

"Niebla". Renacimiento; Madrid-Buenos Aires; 1914; 313 páginas.

"Paz en la guerra". Fernando Fe; Madrid; 1897; 349 páginas.

"San Manuel Bueno, mártir, y tres historias más". Espasa-Calpe; Madrid.

"Soliloquios y conversaciones". Renacimiento; Madrid; 1911; 285 páginas.

"La tía Tula". Renacimiento; Madrid; 1921; 207 páginas.

"Tres novelas ejemplares y un prólogo". Calpe; Madrid-Barcelona; 1920; 167 páginas.

(De la tercera novela, "Nada menos que todo un hombre", hay arregio dramático por Julio de Hoyos, con el título de "Todo un hombre"; Madrid; 1925; 75 páginas.)

"Tres novelas ejemplares y un prólogo". Segunda edición. Madrid; Espasa-Calpe.

Madrid; 1920; 170 páginas.

"Fuerteventura a París: diario íntimo de confinamiento y destierro verificado en sonetos". Editorial Excelsior; Paris; 1925; 170 páginas.

"Insias". Imprenta de Rojas; Bilbao; 1907; 360 páginas.

"Romancero del destierro". Un volumen de 154 páginas, en octavo; Editorial Alba; Buenos Aires; 1928; 2 pesos.

"Ciclo de sonetos líricos". Imprenta Española; Madrid; 1911; 291 páginas.

"Resaca. Rimas de un poeta desconocido presentadas por Miguel de Unamuno". Prólogo de Rubén Darío. Madrid; Imprenta Latina; sin año; 227 páginas.

EJOS

"Conciencia liberal y española de hoy". Conferencia dada en la Sociedad "El Sitio" la noche del 5 de febrero de 1908. Bilbao; 1909.

"Ya esto y aquello". Renacimiento; Madrid; 1912; 259 páginas.

"Ya esto y aquello". Segunda edición. Madrid; C. I. A. P.; 1928; 252 páginas.

"Los". Publicaciones de la Residencia de Estudiantes; Madrid; 1916-18: MO I.—La tradición eterna. La historia. De mística y humanismo. Sobre el marasmo actual de España. 14 páginas. MO II.—La enseñanza del latín en España. La regeneración del teatro español. El caballero de la Triste Figura. Acerca de la reforma de la gramática castellana. La vida española. ¡Adentro! La ideocracia. La 245 páginas. MO III.—La dignidad humana. La historia del patriotismo. La juventud intelectual española. Civilización y cultura. La reforma del castellano. La lengua española. La educación. Maese Pedro: notas sobre Carrión. Ciudad y campo: de mis impresiones de Madrid. La cuestión del lenguaje. 214 páginas. MO IV.—Contra el purismo. Viejos y jóvenes. El individualismo español. Sobre el fanatismo. Religión y patria. La selección de los Fulánes. La locura del Doctor Montarco. Actualidad y espiritualidad. 221 páginas. MO V.—Almas de jóvenes. Sobre la psicología española. Plenitud de la vida y todo plenitud! El pescador de caña: después de

Se aproxima la fecha en que el grande, inabarcable ya, por mejor decir—Unamuno será jubilado de su cátedra salmantina, al llegar a los setenta años. Ya se han alzado algunas voces protestando contra ese mecanismo riguroso de la ley que amenaza dejar sin cátedra oficial—la otra, el verdadero, cotidiano y constante magisterio de su palabra libre no lo abandonará mientras viva—al maestro por excelencia. Creemos, por lo tanto, que algún expediente arbitrará el medio para que esa jubilación oficial no pase de ser una fórmula burocrática. Es decir, que tal jubilación sirva—certera paradoja—para exaltar y acentuar la perennidad de Unamuno. Porque el autor de tanto libro inmarcesible, de tanta lección viva, llega al tope oficial de su magisterio henchido de la más prodigiosa juventud espiritual.

Salamanca y España entera, sus compañeros universitarios y los intelectuales de todo el mundo, se aprestan a honrar el memorable jubileo con todo fervor. Nos asociamos de corazón a esos homenajes, pero quisiéramos lanzar una iniciativa que fuese como el resumen de ellos y sirviera para perennizar de modo más eficaz la gloria y el espíritu unamunescos. Este homenaje que postulamos habría de consistir en una edición oficial de sus obras completas. Si Italia ha hecho algo semejante con las obras de D'Annunzio, la República española no puede andar remisa en tributar a nuestro primer escritor este debido homenaje. La obra de Unamuno posee, quizá como la de ningún otro contemporáneo, una dimensión, un alcance verdaderamente nacional. Es verbo de España, y todas sus páginas rezuman españolidad del más puro espíritu, del más alto linaje. ¿Qué menos, pues, pedir que una publicación completa de todas ellas, hecha por el Estado—depuradas por el autor o a cargo de escritores competentes, con prólogos, bibliografías, etc.—a fin de hacerlas trascender aún más, llevándolas a toda clase de lectores mediante una edición económica o de regalo, que, junto con otra bibliofílica, cuidada, pudiera emprenderse sin demora? Pocas ocasiones como ésta tendrá el Estado republicano de honrarse a sí mismo al honrar a las letras y al pensamiento español en su exponente más entraña-

